



rios), mientras que la democracia cristiana, roquera, se encargaba de un Gobierno que mantendría durante veinte años («veinte años de oposición seguirán ahora a veinte años de gobierno», se dice en Alemania Federal después de las elecciones).

Brandt, el último reformista —por ahora— del viejo partido revolucionario, presidió el Congreso de Bad Godesberg en que se definió la «nueva línea» del partido. La forma de revisión partía de una inversión de frases: si la antigua doctrina del Congreso de Heidelberg (1925) se proponía «la socialización del hombre», Bad Godesberg propuso «humanizar la sociedad». Debía tratarse de «adecuar» los principios socialistas a la sociedad posible. El SPD admitía la libre competencia «en tanto sea posible», y la planificación socialista «cuando sea necesaria». Dejó de considerarse «el partido de la clase obrera» para ser «el partido del pueblo». Su objetivo: llegar a gobernar el país por vías normales, ajenas a la revolución.

El segundón de 1966

Iba a tardar siete años en comenzar a conseguirlo. Hasta 1966, la caída del Gobierno Erhard no le permitiría acercarse al Gobierno: la haría entonces como segundón, como parte integrante de la «gran coalición». Tres años después, en septiembre de 1969, las elecciones le serían favorables, pero no tanto como para gobernar solo: necesitó la unión del partido liberal para, con una precaria mayoría, iniciar el camino que le ha dado su popularidad final, el de la política exterior: las reconciliaciones. Su premio ha sido esta nueva victoria definitiva. Continúa, sin embargo, con los liberales: son una garantía para la izquierda moderada de que el partido no se inclinará demasiado hacia el socialismo, no tendrá la nostalgia de regresar a sus antiguos tiempos.

Va a teñir de mejores colores la negra Alemania histórica. Es,

repitámoslo, muy importante. Los «sozis» —nombre despectivo— en el poder es lo que la vieja derecha dinosauria no acaba de comprender. Durante tantos años, la palabra ha significado desharrapados, traidores, vendidos, antipatriotas, pacifistas, peligrosos, re-

volucionarios... Que, al mismo tiempo, el partido neonazi NPD haya caído en vertical, y que la sólida democracia cristiana de la posguerra esté en riesgo de división, incluso en el de desaparición a largo plazo (probablemente esto no sea más que un espejismo pro-

pio de la situación), es algo difícilmente concebible. Si el liberalismo ha conseguido por fin, y realmente, romper la corteza de la Alemania rígida y autocrática, el futuro puede ser muy distinto. A menos que se repita la aventura de la República de Weimar. Entonces, las circunstancias históricas eran muy distintas.

Hacia la hegemonía europea

La trascendencia que esta cuestión puede tener desborda, naturalmente, los marcos puramente alemanes. Se refiere a Europa. Este nuevo héroe del liberalismo, al que contando con toda prudencia y sin pensar en décadas le quedan ahora cuatro años constitucionales de poder sano y fácil, está teniendo y va a tener una influencia considerable en Europa. La hegemonía alemana, que no se consiguió nunca por la fuerza, y



Hans Jochen Vogel, ¿delfín de Brandt?

La brillante victoria obtenida por Brandt no impedirá, sin embargo, que el canciller tropiece muy pronto con serias dificultades, tanto en el sector económico como en el social. El alza vertiginosa de los precios obliga al canciller a tomar medidas rápidas y drásticas contra la inflación, y su ministro de Finanzas, el social-demócrata Helmut Schmidt, ha propuesto ya una medida que no desaprobaría ningún ministro «burgués»: el quilibrio de los salarios. Los sindicatos, que han movlizado todos sus efectivos para asegurar la victoria de Brandt, no quieren oír hablar de ello. «Los beneficios de las empresas siguen siendo considerables —argumentan—, antes de bloquear los salarios; el Gobierno debe gravar más a las grandes fortunas y obligar a los industriales a bajar los precios».

DIFICULTADES Y NUEVOS CEREBROS

Los colaboradores liberales de Brandt, cuya posición se ha fortalecido en las últimas elecciones, declaran, por su parte, que no aceptarán «nada que pueda obstaculizar la buena marcha de la economía».

La primera prueba de fuerza tendrá lugar en el sector metalúrgico: el sindicato reclama un aumento de salarios del 11 por ciento, y amenaza con desencadenar una huelga si es que los empresarios no ceden. Los sindicatos químico y de los servicios públicos dan muestras de la misma actitud combativa: «Queremos a Willy Brandt, pero ello no nos impedirá defender nuestras reivindicaciones». Ahora bien, el canciller, que se considera a sí mismo como el hombre de las reformas internas, no se atreve a proponer por ahora más que pequeños arreglos, como la Ley del Suelo, que debe reprimir los «abusos»... «sin impedir a los ciudadanos efectuar compras de casas o apartamentos en la medida de sus posibilidades». Tampoco existe ningún proyecto destinado a aumentar los impuestos sobre las grandes fortunas, como exigen tanto los sindicatos como las Juventudes Socialistas. Estas últimas han salido también fortalecidas del escrutinio del 19 de noviembre.

El dirigente de las Juventudes Socialistas, Wolfgang Roth, va camino de convertirse en un «hombre que cuenta» en la vida política alemana. Este economista de

treinta y un años que reclama «profundas reformas de las estructuras», es seguido por decenas de millares de militantes, que juegan un papel de acelerador cada vez más importante dentro de la social-democracia.

Otros hombres todavía poco conocidos fuera de Alemania parecen igualmente destinados a desempeñar en el futuro un papel de primera magnitud. Entre ellos, Hans Jochen Vogel, un intelectual cuadrágeno al que Brandt va a nombrar ministro del Medio Ambiente; ex alcalde de Munich, hostil a las experiencias revolucionarias, pero amante de las «realizaciones prácticas», Vogel se granjeó gran popularidad en su ciudad mediante una serie de medidas en beneficio de los muniqueses más pobres. Vogel goza del apoyo del canciller, de quien podría un día convertirse en sucesor.

Otro protegido del canciller es Egon Bahr, brillante negociador en Moscú y Berlín Este de los acuerdos que han consagrado la nueva Ostpolitik de Alemania y a quien Brandt hará ministro de la Cancillería en su nuevo Gabinete, convirtiéndolo así, virtualmente, en su brazo derecho. Ciertos «acentos gaullistas» de las últimas declaraciones del canciller parecen obedecer a la inspiración de Egon Bahr, cuya influencia tenderá a aumentar, si no en las plataformas públicas, sí en los consejos privados. ■ GERARD SANDOZ.